

Domingo XXIV. Año C

Lectio divina sobre Lc 15,1-32

Resultaba incomprensible para los bienpensantes de su tiempo que Jesús frecuentara pecadores y comiera con publicanos. Y no les faltaba razón. Quienes, por profesión o por mala vida, vivían situaciones 'impuras', alejados de Dios, no eran compañía adecuada para un hombre de Dios. Para escándalo de 'los buenos', Jesús no sólo no evitaba a los malos, es que, además, tenía a gala convivir con ellos. Poderosas razones tenía que tener para atreverse a trasgredir las normas sociales imperantes y herir con ello la sensibilidad de los más piadosos. Y en verdad que las tenía. Las expuso, largo y tendido, en uno de los discursos más logrados de todo NT. En él legitima su extraño proceder escudándose tras la voluntad de Dios. Defendiéndose del reproche, desconcierta aún más a sus ya sorprendidos acusadores, al alegar que, en realidad, no está haciendo otra cosa que lo que el mismo Dios quiere. Su comportamiento es copia del comportamiento de Dios; convive con quienes Dios quiere convivir, frecuenta a los que Dios quisiera aproximarse. La razón, la inspiración, de su actuación con los pecadores es el mismo Dios.

En aquel tiempo, ¹solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. ²Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos:

«Ése acoge a los pecadores y come con ellos.»

³Jesús les dijo esta parábola:

⁴«Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? ⁵Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; ⁶y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos para decirles: "¡Felicitadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido."

⁷Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

⁸Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? ⁹Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas para decirles: "¡Felicitadme!, he encontrado la moneda que se me habla perdido. "

¹⁰Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta.»

¹¹También les dijo:

«Un hombre tenía dos hijos.

¹²El menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna." El padre les repartió los bienes. ¹³No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. ¹⁴Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. ¹⁵Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. ¹⁶Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba comer. ¹⁷Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. ¹⁸Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ¹⁹ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros." ²⁰Se puso en camino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó cuello y se puso a besarlo. ²¹Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo." ²²Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestidlo; ponedle un anillo en mano y sandalias en los pies; ²³traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, ²⁴porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado." Y empezaron el banquete.

²⁵Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, ²⁶y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. ²⁷Éste le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud." ²⁸Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. ²⁹Y él replicó a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; ³⁰y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tu bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado." ³¹El padre le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: ³²deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado."»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Lucas ha creado un escenario donde colocar tres parábolas agrupadas en torno a un único tema. El conjunto es un texto de notable factura literaria, que narra sucesos de la vida de sus oyentes, lleno de matices y con un mensaje único: la alegría que Dios siente perdonando.

El contexto narrativo es breve (Lc 15,1-2). En él se eleva a comportamiento habitual de Jesús lo que era un episodio, algo frecuente eso sí, de su ministerio. Jesús se hacía escuchar y se dejaba acompañar por personas de escasa, si no mala, reputación. Una conducta que, lógicamente, escandalizaba a 'los buenos': "dime con quién andas y te diré quién eres".

La respuesta de Jesús no es, en rigor, una réplica directa. Es todo un discurso, construido con parábolas. Da razón de su hacer narrando tres historias. Le importa a Jesús explicarse. Pero no se justifica a sí mismo. Habla, más bien, y bajo el ropaje velado de la imagen, de Dios y de sus preferencias. Implícito queda dicho que Jesús, conviviendo con pecadores, no hace más que lo que Dios quiere, acercarse a ellos y, si le es posible – en el tercer ejemplo no lo fue – *darse una alegría perdonándolos*.

Las dos primeras parábolas, simétricas, presentan rápidamente dos casos de extravío de la vida real: el de un pastor que pierde una de sus (cien) ovejas (Lc 15,3-7), la mujer extravía una de sus (diez) monedas (Lc 15,8-10). La pérdida ocasiona la búsqueda ansiosa. La recuperación no sólo restituye lo extraviado, sino que llena de alegría a quien reencuentra lo que creía haber perdido. *Como esa alegría, tan humana, será la alegría de Dios* y de todo el que le acompañe (en el cielo, sus ángeles).

La tercera parábola, mucho más desarrollada, tiene como protagonista a *un padre que tenía dos hijos*, muy diferentes, por cierto (Lc 15,11-32). El primero empobrece al padre privándole de su patrimonio y de su cercanía; lejos del padre derrocha sus haberes y su vida. Hambriento y temiendo la muerte, *entra en sí mismo* y recupera, aún en la lejanía, a su padre. Y se dice a sí mismo lo que va a decir a su padre, cuando se encuentre con él. El padre no le dejará apenas hablar; le basta con tener de nuevo al hijo perdido y ordena una gran fiesta (Lc 15,11-24). El hijo mayor siempre estuvo en casa, trabajando para su padre; jamás se sintió libre, ni hijo, pues trabajaba como un siervo. No pudo aguantar la fiesta por el hermano, ni entender las razones de su padre (Lc 15,25-32). No sabemos – no lo dice el narrador – si entró en la fiesta, si aceptó al consumado malhechor como hermano recién llegado, si compartió con su padre su alegría y a su hermano. No fue el hijo que abandonó al padre, sino aquel que siempre le había servido, quien al final cuestionó la vida de familia y las ganas del padre de hacer fiesta.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Con parábolas, no con netas afirmaciones, Jesús explica su sospechoso comportamiento: no rehúye malas compañías porque quiere el bien del pecador, su perdón, y el bien de Dios, su gozo. El pastor, la mujer y el padre sienten la pérdida de lo que les pertenece y la alegría al recuperarlo. No va a ser menor la alegría de Dios: *¡curioso ese Dios de Jesús que puede sentir la pérdida de algo que le es suyo, que sufre de ansia mientras lo busca y que encuentra la alegría cuando reencuentra lo que se le había extraviado*. En el pecador que vuelve a El Dios no sólo recupera el hijo que se le había ido, recobra la alegría que no tenía desde el momento en que perdió lo que le pertenecía. *Quien vuelve a casa devuelve la alegría a su hogar, como el hijo que iba en búsqueda de un patrón y se encontró con un padre pronto al afecto y a la fiesta*. ¡Bonita – por estupenda – manera de alegrarse de que tiene Dios! Quien abandonó a Dios, o simplemente lo perdió de vista, volviendo a Él puede devolverle el gozo. Más aún, quien, como Jesús, se afane para que Dios vuelva a tener a cuantos se le han extraviado contribuye a que Dios se mantenga alegre. Saber cómo es Dios obliga a vivir como Dios quiere, aunque para ello se tenga que causar mala impresión a los bien pensantes: la alegría de Dios vale más que cualquier crítica.

Difícilmente entenderemos la respuesta de Jesús, si no compartimos, también a nosotros hoy, la extrañeza que sintieron los buenos de su tiempo ante semejante comportamiento. Verle en malas compañías no era un espectáculo muy edificante, ciertamente; es más que lógico que no se entendiera bien por qué dejó que gente tan poco recomendable le acompañara en público y en privado, por los caminos y alrededor de una mesa común. Como a los buenos de su tiempo, nos irrita que Jesús prefiera a los que no logran ser tan buenos como somos nosotros, a cuantos no viven según nuestras buenas costumbres. Como los que criticaban a Jesús, se nos hace penoso ver tener que comprobar que personas de dudosa reputación consiguen más fácilmente sus favores que quienes tanto fatigamos por ser buenos de verdad. ¿Cómo es posible que Dios siga llevándose mejor, al parecer, con los malos que con los buenos de siempre?

Jesús responde contando unas parábolas. El pastor que pierde una oveja entre ciento, la mujer que extravía una moneda de las diez que tenía, el padre que ve marcharse de casa al hijo menor, son figura de Dios. Se comportan como Él, en la búsqueda y en el hallazgo, con la misma angustia durante la pérdida, con idéntica alegría tras la recuperación. ¿Quién no ve lógico que cuando perdemos algo de valor, nos demos inmediatamente a su búsqueda?; ¿pero es normal que, como el pastor, la mujer y el padre, demos más importancia a lo que perdimos que a cuanto aún conservamos?. ¿Es así como, realmente, se comporta Dios? El pastor abandonó al rebaño en lugar inseguro, un comportamiento algo imprudente; la

mujer dejó de cuidarse de la casa, una actitud nada inteligente; el padre vivía como si sólo tuviera el hijo que se le había ido de casa, una postura poco justa con el que aún le quedada.

Pues bien, mal que nos pese y con el riesgo de no entenderle bien, , así es nuestro Dios, nos dice Jesús. Está más interesado en recuperar lo perdido que en guardar lo que nunca se le va a extraviar, poco le duele abandonar a los suyos para buscar lo que, perteneciéndole, ha perdido; menos preocupado por lo que tiene que por cuanto aún le falta, más se fatiga por recuperar lo que es suyo que por conservarlo en su poder. No nos hubiéramos atrevido a imaginar semejante comportamiento - tan insólito como irracional - en Dios si Jesús mismo no nos lo hubiera desvelado. Si Jesús no impidió a los malos que le acompañaran, no fue porque desconociera su malicia, la negara o la disculpara, sino porque deseaba darles la oportunidad de hacerlos buenos.

Bien sabía Jesús que la ilusión más grande que puede alimentar Dios está en la conversión del pecador. Como el pastor que, encontrada la oveja, rencuentra su alegría y va al encuentro de sus amigos para compartirla; como la mujer que no puede acallar el gozo que le produce el hallazgo de la moneda extraviada y lo celebra con sus vecinas; como el padre que, al regreso del hijo pródigo al hogar, llena su casa de fiesta y música, Dios no deja pasar sin alegrarse la vuelta a Él de cualquier pecador. Y por injustificado que nos parezca, la fidelidad de todos los que nunca lo han abandonado no le produce tanto gozo como el retorno del que un día lo dejó. Recuperando lo perdido, Dios recupera lo suyo y la alegría; quien retorna a Dios, además de restituirle lo que le es debido, le causa una felicidad tan grande que no puede guardársela para sí solo. Es Dios, como el pastor o el ama de casa, quien más sale ganando, cuando halla lo que se le había extraviado: recupera sus bienes y la alegría.

Podría parecer una exageración, pero es la pura verdad. Si damos fe a las palabras de Jesús, Dios se siente feliz, como el padre que acoge al hijo perdido, cuando puede ofrecer de nuevo hogar y bienes a quien, por haberlo abandonado y haberlos dilapidado, se sabe indigno de ellos. La oveja que se extravió no recibió maltrato alguno del pastor, tras ser encontrada; una vez hallada, la moneda perdida volvió a formar parte del capital de la mujer; vuelto a casa, el hijo pródigo se encontró con el amor del padre y con su empeño de celebrar un banquete. Más sorprendente aún que esas ganas de fiesta que Dios tiene es que sea la conversión de un solo pecador lo que se las produce; más increíble todavía resulta que muchos justos, que no necesitan volver a Dios porque siempre estuvieron con Él, no le causen tanto gozo como un pecador que a Él regresa.

Parecería que Dios recompensa la fidelidad con la tristeza y el pecado con la alegría. No es así, en realidad; quienes no se le perdieron nunca, nunca le dieron pena ni preocupación; y por ello, no le darán tampoco el gozo de recuperarlos. Pero no se puede obviar la conclusión de que, según Jesús, la alegría que Dios siente cuando vuelve a Él un solo pecador es siempre superior - y posterior - a la pena que sintió cuando se le perdió. Los justos no causan tanta alegría; mejor, no dan alguna alegría a Dios, porque antes no le causaron ningún dolor. Pero el pecador, como el hijo que rompió el corazón del padre al que empobreció abandonándolo, es capaz de alegrar a todo un Dios. No hay pecado lo suficientemente grave ni falta demasiado vergonzosa que nos pueda impedir volver a Dios para devolverle la alegría; si regresando a Dios, cualquiera que hubieran sido las causas de nuestro abandono, le regresamos el júbilo, ¿por qué no estaremos ya de regreso a Él? ¿Es que no nos va agradecer Dios que le demos un momento de felicidad? ¿Es que quienes hemos pecado podríamos soñar con algo semejante como ser causa de la felicidad de Dios? Parezca justo o no, quien nunca se fue no puede devolver la alegría a quien nunca lo perdió. El Dios de Jesús, como el pastor, la mujer, el padre de dos hijos, rencuentra la alegría de vivir cuando encuentran lo que echaban en falta. ¿No es esta una buena, estupenda, razón para dedicar toda una vida a fomentar la alegría de Dios reconduciendo a Él su hijos extraviados?

Jesús, que conocía el modo de ser de Dios y el modo de tenerle contento, iba al encuentro de cuantos se han perdido para Dios y así hacerle feliz. La alegría que Dios siente al recuperar lo que le pertenece, mueve a quien lo sabe a buscar la compañía de cuantos Dios lamenta no tener aún consigo; echándolos en falta, Dios no los da nunca por perdidos; doliéndole su ausencia, no los olvida nunca. Es Dios quien más recupera cuando perdona el extravío: recupera sus bienes queridos y su alegría perdida. Precisamente por que Jesús sabía la alegría que un pecador causa en el corazón de Dios, se dedicó a facilitar conversiones. Si alguno de nosotros se considera ya bueno, y no puede proporcionar a Dios el gozo del rencuentro porque no lo ha abandonado, bien podría dedicarse, como Jesús hizo, a propiciar que pecadores de su entorno vuelvan a su Dios y le devuelva la alegría que le ocasiona dar perdón. Sería una ocupación que merecería la pena, aunque causara algún escándalo.

Y una última, breve y grave, anotación. El discurso de Jesús no acaba bien. No sabremos jamás si el hijo mayor entró en casa y participó en la alegría de Padre. No sabemos, pues, si el padre, al final, perdió al hijo que nunca se le había ido. Los (que se creen) 'buenos' corren ese peligro: servir a Dios siempre como fieles siervos, no conocer la alegría de estar con él en casa, no reconocer como hermano al hijo del propio padre... Y si no acepta la alegría de recuperar al hermano, acabar por "robarle" a Dios su alegría y su paternidad. Al final depende del 'bueno' que el padre siga teniendo dos hijos....